

Los estudios campesinos: veinte años después

Arturo Warman*

Dicen por ahí que no es lo mismo los tres mosqueteros que veinte años después. Ese plazo casi se ha cumplido desde la aparición de los estudios campesinos, que con todas las salvedades puede fecharse alrededor de 1970.¹ Es buen momento para pasar revista a algunos de los cambios ocurridos en ese tema del conocimiento y en ese sector de la sociedad. Parto de los contrastes que me parecen más nítidos entre entonces y la actualidad. Ese procedimiento tiene sus limitaciones: no recoge adecuadamente la diversidad, simplifica las tendencias y a veces también las diferencias y las contradicciones. Pero también puede tener sus virtudes y contribuir a señalar los procesos centrales y sus tendencias más evidentes. No intento un recuento o un balance de autores, teorías o escuelas. No cometeré la injusticia de omitir algunos; la haré más grande todavía al no mencionar a ningún individuo sino a corrientes o tendencias, la más radical de las curas en salud. Eso también tiene su precio. Trato de minimizar ese costo con un esfuerzo por ser tan claro como ten-

1. Es casi imposible fechar un fenómeno tan elusivo como la aparición de un paradigma científico, intelectual o político y su transformación en hegemónico. Mucho más imprecisa resulta la tarea en un contexto tan amplio como el de América Latina. La fecha de 1970, una aproximación, se basa sobre todo en la experiencia mexicana, como inevitablemente sucede también con las secuencias y procesos que se mencionan. En el caso de México, la periodización está sustentada en mi experiencia y confirmada por el trabajo de Cynthia Hewitt de Alcántara, "The Anthropological Study of Rural Life in Postrevolutionary Mexico", en *Leiden Development Studies*, núm. 4, 1982. Si fui afortunado y los procesos analizados por mí son válidos, o cuando menos sugerentes para América Latina, eso no se traduce en una cronología similar en todos los casos. Por eso hay cierta indeterminación temporal en el texto, por la que me disculpo.

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. El autor preparó este trabajo para la reunión del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul que se celebrará en Porto Alegre en agosto. En ella se analizará la transformación de las ciencias sociales en América Latina durante los pasados quince años.

go claridad sobre el asunto. Finalmente, este trabajo es una propuesta, no un juicio, que intenta contribuir a un debate postergado.

Del centro a la marginalidad

Desde su aparición, los estudios campesinos se colocaron en el centro mismo del debate intelectual sobre la sociedad latinoamericana. Son varios los factores que pueden contribuir a explicar su centralidad. Desde la década de los cuarenta se había emprendido una marcha triunfal hacia la industrialización por la vía de la sustitución de importaciones. Estaba implícito y a veces claramente dicho que la industrialización resolvería el problema rural en otro lado al vaciar los campos para poblar las ciudades, al modernizar la agricultura y liberar a la mano de obra que permanecía cautiva en el atraso, al transformar la estructura de una sociedad agraria en la de una sociedad moderna y occidental. Bajo el amparo de ese destino manifiesto languidecieron los estudios agrarios que privilegiaban el estudio de la distribución y concentración de la propiedad rústica. El estudio de las culturas rurales se dejó a la etnografía, que era de hecho una arqueología en el sentido del estudio del pasado, y al folklore, que se preocupaba por lo insólito, por las anomalías y curiosidades que serían atropelladas por la avasalladora cultura occidental. Surgieron los estudios agrícolas encaminados a acelerar los procesos que se anunciaban como fatales y en los que el conocimiento funcionaba como un simple instrumento técnico para servir a los fines superiores del crecimiento y la modernización. Éstas y otras ramas del conocimiento se configuraron como especialidades menores de otros campos: el derecho agrario, la antropología social, la sociología rural. . . Muy poca era la comunicación entre ellas, cada una sometida a las leyes y restricciones de su propio gremio. No había un foro para la integración y discusión del problema rural, que al fin se reconocía como algo provisional, perecedero.

Sin embargo, pasó un cuarto de siglo sin que la promesa de extinción se cumpliera. Los censos de 1960, tal vez los primeros sometidos a escrutinio cuidadoso por los científicos sociales, mostraron la predominancia demográfica y ocupacional de lo rural, sector en el que también se concentraban todos los índices de

pobreza y marginalidad. No podía argüirse el fracaso del esfuerzo industrialista, que había alcanzado tasas de crecimiento no iguales en el mundo. Ni siquiera podía suponerse un estancamiento agrícola, sector que había crecido espectacularmente y soportaba con sus exportaciones el peso mayoritario de las balanzas de intercambio con el exterior. No era el estancamiento sino el crecimiento desigual la mejor explicación de la postración rural.

Los movimientos revolucionarios latinoamericanos tuvieron más influencia que el análisis intelectual. Todos se habían hecho en el campo y tenían un fuerte componente agrario en sus demandas y bases sociales. Se reconoció el descontento, la agitación y la movilización campesinos. Por ello el tema agrario salió de su somnolencia y postración. La reunión de Punta del Este en 1961, la resaca continental a la marejada de la Revolución cubana, planteó la reforma agraria como uno de los requisitos de la Alianza para el Progreso, como una de las políticas esenciales para el crecimiento económico en el marco del capitalismo. Aunque las reformas agrarias derivadas de ese acuerdo no alcanzaron la magnitud o la fuerza necesaria para transformar las estructuras rurales, con la probable excepción de la chilena, no fueron intrascendentes, aunque sus efectos fueron variados.

De los acuerdos de Punta del Este, en otro nivel, también se derivaron esfuerzos intelectuales e institucionales, como los estudios sobre estructura agraria y desarrollo agrícola en siete países de América Latina patrocinados por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola en la década de los sesenta.² Este esfuerzo integrador de las disciplinas y conocimientos dispersos marcó el final de una época intelectual y arropó la semilla de la corriente sucesora: los estudios campesinos.

Los estudios campesinos heredaron e incorporaron influencias intelectuales poderosas y en muchos sentidos novedosas: el marxismo, que criticaba y abandonaba su tradición dogmática para recuperar su naturaleza como pensamiento teórico, como un método para interrogar a la realidad; junto con el marxismo se incorporaron las posiciones que con él habían debatido y que habían sido ocultadas, como la vigorosa corriente emanada del populismo ruso que generó a la llamada "escuela de organización y producción campesinas", encabezada por A.V. Chayanov, que tuvo enormes repercusiones en los estudios campesinos latinoamericanos;³ la teoría de la dependencia que recuperaba la originalidad de la sociología latinoamericana y la colocaba en la difícil y fructífera encrucijada en que la investigación y la reflexión se convierten inevitablemente en acción política; la poderosa corriente del evolucionismo multilineal y de la ecología cul-

tural;⁴ la nueva historia de los movimientos sociales;⁵ la brillante y apasionada literatura derivada del proceso de descolonización en África;⁶ la recuperación de los "clásicos" agrarios de la América Latina, destacadamente de Mariátegui, que habían sido olvidados por las generaciones previas; muchas tradiciones intelectuales nacionales o lugareñas que habían sido silenciadas; en fin, una rica y variada herencia para sustentar los estudios campesinos, que coincidió con una nueva posibilidad institucional que permitió la profesionalización de la investigación y propició, por primera vez, un contacto directo y permanente entre los latinoamericanos.

La rica herencia intelectual, que con frecuencia parecía contradictoria, fue una condición necesaria pero no suficiente para el surgimiento de los estudios campesinos. El factor que permitió la integración de esa variada y a veces confusa herencia fue el trabajo de campo. En su primera fase, la que propició su centralidad, los estudios campesinos se comportaron como una ciencia básica que generaba su propia información. Proporcionaron datos que la estadística agregada omitía o no consideraba, y que permitían dar sentido a lo que parecía contradictorio o inexplicable. Fue en función de la realidad empírica que se integraron las corrientes de la herencia intelectual, lo que parecía imposible desde la perspectiva del análisis teórico abstracto, formal. Los investigadores establecieron contacto directo y prolongado con la realidad rural, reconocieron su diversidad. Del reconocimiento emergieron sujetos sociales definidos en el antes indiferenciado o simplemente estratificado universo rural. Un sujeto, el campesinado, apareció como el más numeroso y como el soporte de las complejas estructuras de la realidad rural. Desde la perspectiva de ese sujeto los estudios campesinos exploraron la realidad rural y las fuerzas externas con las que interactuaba. Así, la rica herencia intelectual y la nueva información derivada del trabajo de campo se condensaron como la elaboración teórica que dio cuerpo y fisonomía a los estudios campesinos.

También sucedió que el campo y sus campesinos, con los que

4. De esa pródiga corriente —que incluye a Stewart, Palerm, Geertz, Mintz y Salhins, entre otros— el autor que tuvo la mayor influencia en los estudios campesinos fue Eric R. Wolf. Su libro *Peasants*, Prentice Hall, 1966, editado en español por Labor, constituyó una referencia obligada. Su trabajo *Peasant Wars of the XX Century*, Harper and Row, 1969, traducido al español por Siglo XXI Editores, junto con las obras de los historiadores sociales, fue un soporte del estudio de los movimientos campesinos latinoamericanos.

5. De esa vasta corriente cito a tres autores que tuvieron la influencia más directa sobre los estudios campesinos latinoamericanos. John Womack Jr., autor del clásico *Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf, 1969, editado el mismo año en español por Siglo XXI Editores, que se constituyó como modelo para la historia de los movimientos campesinos. Eric J. Hobsbawm, autor de *Primitive Rebels*, Praeger, 1959, traducido al español por Ariel en 1968 con dos capítulos adicionales sobre Colombia y Perú, tuvo una gran influencia en la interpretación de los movimientos campesinos. Barrington Moore Jr., *Social Origin of Dictatorship and Democracy*, Beacon Press, 1966, traducido al español por Península, contribuyó de manera decisiva al reconocimiento de la presencia campesina en los grandes procesos históricos de nuestro tiempo.

6. El trabajo de Rodolfo Stavenhagen, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, Siglo XXI Editores, 1969, un estudio comparado entre África y América Latina, también sirvió de puente para el conocimiento de la literatura sobre África. Desafortunadamente el trabajo comparativo no fue continuado por otros investigadores. Por otro lado la obra de Samir Amin, *El desarrollo desigual*, Fontanella, 1974, ejerció influencia directa en los estudios campesinos de América Latina.

2. Un resumen de los resultados obtenidos en los estudios promovidos por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola se publicó por Solon Barraclough y Arthur Domike, "Agrarian Structures in Seven Latin American Countries", en Rodolfo Stavenhagen (ed.), *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America*, Doubleday, 1970. El influyente estudio sobre México: Sergio Reyes Osorio et al., *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, circuló en edición preliminar del Centro de Investigaciones Agrarias en 1970 y apareció como libro en 1974, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

3. La fascinante historia del ocultamiento de la obra de los integrantes de la llamada "escuela de organización y producción campesinas" es un tema diferente. Baste señalar que el trabajo fundamental de A.V. Chayanov, *The Theory of Peasant Economy*, se publicó en ruso en 1925 y se editó en inglés hasta 1966 por la American Economy Association, Translation Series. En español apareció en 1974 editado por Nueva Visión.

los investigadores establecieron contacto directo, estaban inmersos en una gigantesca movilización, en una monumental revuelta que sacudía a la sociedad latinoamericana en los primeros años setenta. De mil maneras y en circunstancias variadas, los campesinos recobraban su protagonismo social y arrastraban con ellos a los estudios campesinos. La interacción de ambos es todavía una incógnita que debe despejarse; mientras tanto puede postularse que juntos ocuparon un lugar en el centro del debate sobre las sociedades latinoamericanas.

Hoy, los estudios campesinos ya no están en el centro de las discusiones. Suena drástico, por lo que debe matizarse en cada caso y circunstancia. Pero antes de entrar en las explicaciones hay que postular un posible atenuante: tal vez no fueron los estudios campesinos los que se alejaron sino que fue el centro el que se esfumó. Se puede percibir de muchas maneras que el debate social latinoamericano, en su conjunto, se ha disuelto y fragmentado. La dispersión teórica e institucional, la creciente especialización, la dependencia directa de las instituciones externas y otros factores son síntomas de la fragmentación. Los ejes de la centralidad, las clases sociales y los modelos de desarrollo en condición de dependencia, los temas hegemónicos en la discusión, se desgastaron. Acaso se trate de un momento en que la centralidad parece disuelta porque se está recomponiendo, reorganizando, recobrando aliento. Puede tratarse de algo más profundo, de una nueva forma de interacción en el quehacer intelectual, todavía opaca, que impide el retorno a la vieja centralidad. En cualquier caso se trata de otro tema que sólo se menciona en tanto que atenúa las culpas de los estudios campesinos o las hace comunes a todas las ciencias sociales latinoamericanas.

Pese al mal de muchos algo pasó con los estudios campesinos, que hoy se vuelven a enfrentar a posiciones y críticas que habían sido o parecían superadas. Los estudios campesinos están a la defensiva. Han perdido la iniciativa, la capacidad de proponer y encauzar el debate intelectual conforme a sus hallazgos e interpretaciones. Son otros los especialistas que plantean los temas que el conocimiento tiene que resolver sobre la cuestión rural. La respuesta de los estudios campesinos en conjunto parece tibia, tímida, insegura. Eso podría ser muy razonable y saludable si los temas propuestos fueran pertinentes. Casi nunca lo son. Se trata de viejas formulaciones envueltas con un nuevo lenguaje, al que se llama realismo. A muchos les parece que la sociedad agraria ha perdido importancia objetiva en la problemática social latinoamericana en los últimos veinte años. Con ello renace con nuevo vigor la idea de la provisionalidad, de la creciente marginalidad campesina. Se restablece con un nuevo discurso el destino manifiesto, apoyado en el descenso, en términos relativos, de la población rural frente a la urbana, de la producción y de la ocupación agrícolas frente a las otras actividades económicas. La población rural de América Latina ya no es la mayoritaria estadísticamente. Los datos cuantitativos agregados que sustentan esa posición, pese a muchas deficiencias, no son tema de debate; las diferencias están en la interpretación.

No existe evidencia alguna de que los campesinos hayan disminuido en términos absolutos en los últimos veinte años; por el contrario, han crecido, aunque más lentamente, que los grupos adscritos a otras categorías estadísticas. Hoy existen más campesinos que nunca. Tampoco está claro que su importancia económica se haya reducido. En muchos países la agricultura y la producción rural asociada con los campesinos incluso ha recuperado algunos de los puntos perdidos en el PIB durante la déca-

da pasada, que nunca fue una buena medida del aporte campesino. Más aún, es la industria manufacturera la que ha resentido un descenso más brusco en los años marcados por la crisis. Si se aplicara el mismo criterio que se usa para pronosticar la extinción de los campesinos, se podría predecir un futuro sin industria y sin clase obrera, lo que igualmente sería un desatino. A la importancia cuantitativa de la actividad agropecuaria se agrega un nuevo componente que añade argumentos y dramatismo a la evaluación: la dependencia alimentaria. En los últimos veinte años, la insuficiencia de la producción de alimentos en muchos países de la región se ha establecido como un dato permanente, como una carga constante que se expresa en el deterioro de la nutrición, de la balanza de pagos y de la capacidad negociadora de las naciones frente al exterior, de su soberanía. La pobreza extrema, expresión de la desigualdad que trava el desarrollo económico de la América Latina, sigue concentrada en los sectores rurales y campesinos, cada vez más aguda y rigurosa, más cerca del punto de ruptura que nadie conoce. La producción de energías que sucede en el campo, sobre todo en sus áreas más remotas y supuestamente atrasadas, hace mucho que dejó de ser un secreto y oscuro asunto de policía para surgir como un problema crítico en todos los ámbitos de la vida social y pública. La movilización rural en todas sus variadas formas no se ha suspendido, ni siquiera ha perdido ímpetu. Nuevas demandas se han manifestado y nuevos movimientos se han creado para gestionarlas al mismo tiempo que permanece la demanda inmemorial por la tierra, que en algunos países se ha vuelto uno de los puntos nodales de la política nacional. Hasta las revoluciones exitosas con una base social rural y agraria, como la de Nicaragua, y otras derrotadas y frustradas, han persistido en la historia de los ochenta.

No hay pues evidencia de un descenso "objetivo" en la magnitud y prioridad de las cuestiones rurales. Es cierto que se impulsó sobre todos un fenómeno omnipresente y novedoso: "la crisis" generalizada, la fractura de las tendencias al crecimiento y la emergencia de los factores estructurales que lo imposibilitan, en fin, la inoperancia de los viejos modelos de desarrollo. Pero "la crisis" no tiene una existencia independiente como a veces se postula; es la expresión de todas las problemáticas, de todas las demandas, que no se suspenden sino se agudizan. "La crisis" afecta a toda la sociedad y sus componentes pero no se impone sobre ellos ni los somete; apenas los ubica en un nuevo contexto. No encuentro argumentos para sostener que "la crisis" resta importancia o prioridad "objetiva" a la cuestión rural, ni siquiera como temas de reflexión intelectual.

Si no hay sustento "objetivo", desde mi interpretación cuando menos, para explicar el desplazamiento de los estudios campesinos, las razones del tránsito deben buscarse en otras esferas. En una de ellas me confieso incompetente: las transformaciones en el medio intelectual y académico, en sus paradigmas hegemónicos, en las condiciones de la producción y el consumo de ideas, teorías e interpretaciones, que ciertamente han sucedido. Otra de las esferas, que se refiere a la evolución de los estudios campesinos, tal vez pueda contribuir a explicar el desplazamiento y a señalar tareas y vías para superarla; ésta es la que se explora.

De la estructura al movimiento

En su primera etapa los estudios campesinos se preocuparon por desentrañar las determinantes esenciales y las características permanentes de la condición campesina, por definir y caracteri-

zar las estructuras básicas de ese grupo social. De manera privilegiada se buscó aclarar la posición de los campesinos dentro de un agregado más amplio. La sociedad y el Estado nacional, el sistema capitalista y sus formaciones sociales, el industrialismo dependiente, el desarrollo del subdesarrollo, la división internacional del trabajo, entre otros marcos conceptuales, fueron utilizados en ese esfuerzo por colocar al campesinado en el marco de una sociedad mayor y más compleja. Se reconoció que entre los campesinos y su entorno se establecía una relación de subordinación, de subalternidad, que generaba un flujo intenso de personas, fuerza de trabajo, bienes, valores y poder. Esos recursos transferidos por los campesinos sometidos aparecieron como críticos para la sociedad o las clases dominantes. Se desterró la vieja idea de los campesinos como un rezago, como una supervivencia del pasado que quedaba al margen de la dinámica de la sociedad "moderna". Entre los sectores o clases modernos y dominantes y los campesinos "precapitalistas" había una relación simbiótica, de mutua dependencia. Los campesinos, provinieran o no del pasado, fueron ubicados en el mundo contemporáneo, como parte integrante del conjunto mayor.

De manera combinada se buscó establecer cómo pese al dominio y la subordinación, o por ella, persistía o se recreaba un conjunto de relaciones entre los propios campesinos que se diferenciaban, hasta oponerse a veces, del tipo de relaciones prevalentes en los sectores dominantes. La posesión de la tierra por una familia que se constituía como una unidad de producción y de consumo que perseguía la subsistencia biológica y social del conjunto, se configuró como la célula básica del campesinado. La extensión y la calidad de la tierra y la composición de la familia se combinaban en una estrategia de la que se derivaban relaciones diferenciadas con los grupos externos y con otras unidades campesinas para lograr la subsistencia. La vinculación específica entre las unidades del mismo tipo conforma una unidad social reconocible y coherente, aunque se presenten diferencias internas. Esa unidad social fue concebida de manera distinta: como un modo de producción subordinado, como una clase subalterna o como una sociedad no capitalista sometida.

Todo esto, que teóricamente ya había sido enunciado, se estableció en el contexto específico de las sociedades de América Latina y se analizaron sus efectos sobre los campesinos y el conjunto de las sociedades. Los comportamientos "irracionales" o prelógicos fueron aclarados y se evaluó su efecto sobre el desarrollo agrícola y rural. Se criticaron los vanos esfuerzos modernizadores y se señalaron sus perversas consecuencias. Incluso se formularon modelos que explicaban la apenas naciente dependencia alimentaria. Se reconocieron otras clases o agentes rurales contradictorios o derivados y se intentó caracterizar las relaciones entre ellos. El campo y la población rural fueron caracterizados como un sistema de grupos sociales e intereses contradictorios.

Pese a concordancias esenciales no había unidad entre los participantes en los estudios campesinos. La búsqueda de las constantes comunes y de los determinantes profundos, de las estructuras abstractas, propiciaron que se formaran dos corrientes principales y opuestas: campesinistas y proletaristas o descampesinistas. Estas corrientes se apartaron en el análisis y discreparon respecto al destino histórico de los campesinos, del que desprendieron deducciones sobre su orientación y potencial políticos. Para los proletaristas la lógica de la dominación capitalista se impon-

dría sobre la lógica campesina y la diferenciación creciente se traduciría en la disolución del campesinado. Los campesinistas argüían que la dominación fortalecía y propiciaba la recreación de las relaciones estructurales con y del campesinado. El debate, con un interés académico, se mantuvo en el nivel abstracto y se hizo cada vez más ideológico, más sectario, menos fructífero. También se hizo cada vez más dogmático y falsamente político en la medida que caracterizaba al campesinado más en función de su destino supuesto, derivado de la proyección lógica de sus características estructurales, que de su comportamiento histórico. El debate se alejó de la investigación empírica. No la recogía ni la propiciaba. Se daba en las aulas y seminarios, lejos de la realidad de la que se habían obtenido los datos para desentrañar las estructuras. La querrela quedó sin vencedor, se disolvió por imposibilidad y por inutilidad, por fatiga y aburrimiento.

El tipo de debate entre campesinistas y proletaristas hacia el final de la década de los setenta, abstracto y dogmático, y la naturaleza de los bandos enfrentados, sectarios y académicos, que requieren de un análisis más profundo, está vinculado a la pérdida de la centralidad de los estudios campesinos. Pero la vinculación no implica culpa. Muchas otras cosas sucedieron al mismo tiempo que requieren atención al explicar el descenso a la marginalidad.

En los estudios campesinos pasaron más cosas que el debate. Se buscaron otros caminos, se cerraron y abrieron posibilidades. Dos líneas de investigación conservan su vigencia en nuestros días y están en trance de ocupar el lugar de privilegio en los estudios campesinos que tuvieron los trabajos que querían descifrar las estructuras de la vida campesina. Las dos líneas se refieren a las movilizaciones campesinas.

La primera estudia la migración rural, el movimiento de la gente que otorga a nuestros países su todavía no descifrada fisonomía. Se estudian los movimientos de los campesinos como trabajadores rurales, como migrantes internacionales, como pobladores de las urbes, como los sustentadores de las complejas redes y circuitos de la economía informal. . . Si la estructura de la vida campesina se estudió en el marco de las localidades rurales, su movimiento se estudia en ámbitos abiertos que no pocas veces rebasan las fronteras nacionales. Así, hoy se habla de ciudades campesinas, de industrias campesinas a través del trabajo a destajo o a domicilio, de nuevas capitales y metrópolis regionales o étnicas recién fundadas fuera de las fronteras nacionales. En todos esos movimientos se conservan raíces y flujos con las comunidades de origen, que cuentan con las remisiones de los emigrados en sus estrategias de supervivencia, que los aceptan y acogen al retorno de su estancia fuera, que mantienen vigente la red social en que se casan, fundan la familia y fincan sus lealtades primordiales. La ubicuidad de la presencia campesina, que acaso era menos intensa veinte años atrás o que más probablemente se ignoró por los estudios estructuralistas, se ha incorporado a los estudios campesinos y abre uno de los caminos más promisorios para romper con el cerrado criterio sectorial con el que se analiza a nuestras sociedades, por el que resultan informes o deformes, enigmáticas.

La otra línea se refiere al estudio en profundidad de los movimientos campesinos reales, históricos. Las investigaciones con este propósito hoy ofrecen resultados cada vez más ricos y ambiciosos. Los intentos de explicación en esta línea se dedican a hechos

y procesos únicos. No clasifican ni buscan determinantes generales, sino la aclaración del comportamiento concreto. De la estructura se pasa a la dinámica, a la acción, y de las clases y otras categorías clasificatorias, a los actores sociales. Así, mientras los estudios de las estructuras trataban de rescatar lo común en la experiencia campesina, el estudio de los movimientos presenta la diversidad y pluralidad de la vida campesina, su originalidad a través de la narración y explicación de lo irreplicable. De la explicación particular, que es parte esencial e irrenunciable de esta línea de investigación, se está pasando a la formulación de hipótesis generales. Con ellas se abren las fronteras de la concepción del destino histórico de los campesinos, que el debate entre campesinistas y proletaristas canceló planteando opciones rígidas y estáticas: permanecer o desaparecer. Los estudios de los movimientos campesinos expresan con mayor claridad y menos retórica el compromiso entre el investigador y los sujetos de la historia que quiso y quiere ser parte integral de los estudios campesinos. Sus trabajos son inmediatamente "consumidos", analizados e incorporados por los actores de los movimientos sociales que de ellos sacan conclusiones y lecciones.

Los estudios sobre las movilizaciones campesinas en las dos líneas mencionadas rescatan el carácter básico de los estudios campesinos y generan información nueva. También rescatan el trabajo de campo y el contacto directo con la realidad campesina. Recuperan el trabajo, los datos y la teoría obtenidos en la persecución de las estructuras de la clase o grupo campesino, le dan continuidad pero lo critican con severidad a partir de nueva información y concepciones. En los estudios sobre las movilizaciones campesinas aparece el núcleo más visible y consistente de los estudios campesinos de hoy.

De la economía a la política

Los primeros estudios campesinos en la década de los setenta resaltaron la dimensión económica de la vida rural y de hecho profundizaron en las estructuras de la economía campesina. Esto tenía que ver con su bagaje teórico, cargado hacia el determinismo económico, y también con el hecho de que los datos económicos ofrecían un campo más nítido y preciso para la ubicación de los campesinos en el marco de las sociedades dominantes. Con claridad se estableció la explotación que resentía esa clase o sociedad. Con diversos conceptos y modelos analíticos: transferencia de excedentes, plusvalía y plus trabajo, renta diferencial y absoluta de la tierra, exacción mercantil, dominio burocrático, etc., se comprobó, documentó y analizó el flujo de recursos, bienes y valores de los productores campesinos en un esquema de intercambio desigual con los sectores y clases dominantes, que apenas compensaban, y a veces no lo hacían, con una fracción del valor o el precio recibido. El traspaso de esos recursos no era intrascendente en los agregados nacionales; en muchas era el sustento de la economía, y era crítico como soporte de la riqueza y el poder de clases y sectores hegemónicos, no necesariamente agrarios y a veces localizados fuera de los países de la región. La explotación apareció como causa directa de la postración y estancamiento de la producción campesina y de la pobreza aguda y hasta extrema de las unidades productoras, como la traba más poderosa al desarrollo agrícola que de manera un tanto ingenua pero no siempre inocente trataba de impulsarse autoritariamente desde el poder de los estados. La idea con frecuencia dominante de los campesinos como una clase intrascendente, marginal y redundante, recibió de los estudios campesinos una crítica demo-

ledora, ojalá definitiva. Los campesinos se definieron como un grupo o clase explotada de manera específica.

La misma naturaleza de la economía campesina, en la que es unitaria y a veces indiferenciada la producción de bienes de consumo y de cambio por la misma unidad, donde la fuerza de trabajo se obtiene y puede intercambiarse por relaciones sociales ajenas al mercado, donde la estructura del consumo determina a la producción, entre otras aberraciones desde el punto de vista de la economía maximalista, llevó a los estudios campesinos más allá de las fronteras convencionales de las investigaciones economicistas. El complejo universo de las relaciones sociales campesinas fue introducido a la esfera de las relaciones económicas y llegó a plantearse el parentesco y otras vinculaciones sociales primordiales como relaciones de producción y a postular otras herejías similares desde el punto de vista de la economía formal. Los estudios sobre economía campesina se tradujeron en una crítica a las visiones simplistas y sectoriales de la economía de mercado. Estos planteamientos, derivados de la investigación empírica, tuvieron efectos en las otras ciencias sociales y fueron un factor en la centralidad de los estudios campesinos.

Los análisis económicos de los estudios campesinos abrieron dos áreas de investigación novedosas que se desarrollaron desigualmente. La primera puede llamarse la economía social, en la que relaciones como el compadrazgo, el parentesco, la vecindad, que proporcionan recursos y generan intercambios recíprocos apartados de las normas del mercado, se postulan como el núcleo estratégico de la economía campesina. Esas relaciones se estudiaron con profundidad en las unidades familiares, pero con muy pocas excepciones se detuvieron en ese nivel de análisis. Los efectos agregados de esas relaciones en unidades mayores, las comunidades, las regiones o las clases, se enunciaron teóricamente pero no fueron objeto de investigación específica. Tampoco se profundizó, más allá de proponer a la economía campesina como una economía moral, en el estudio de las normas de sustentación y práctica que regulan lo que llamé economía social. Esa línea, como siempre con excepciones, al parecer se estancó en el nivel familiar. Hoy, sin continuidad directa y por otra vía, se replantean estos temas en los trabajos que estudian la movilización de los campesinos en el espacio y en la actividad económica, las migraciones que configuran a nuestras sociedades.

La segunda línea puede llamarse economía política. Muchos de los recursos externos de la economía campesina y no pocas de sus restricciones se derivan de una relación contradictoria y conflictiva con el Estado. La posesión de la tierra, el crédito y sus ataduras, las tasas de interés, los precios de los productos, hasta las líneas de producción, entre otros factores, no están determinados por leyes del mercado, aunque se enmascaren como tales, sino por necesidades económicas y políticas de los estados y de los intereses que conjuntan y regulan. Los estudios campesinos mostraron la naturaleza política de las demandas campesinas en su negociación o enfrentamiento por asuntos económicos con los estados. En esta fase, que tuvo efectos muy importantes, ya que coincidió o fue provocada por la emergencia de movimientos campesinos que disputaban al Estado la gestión de la producción y la apropiación de los excedentes, se inició un tránsito en los estudios campesinos. En las condiciones nacionales en que esto era posible, los estudios sobre economía campesina se incorporaron para servir directamente a los movimientos campesinos o para servir a la planeación estatal en la formulación de nuevos programas para el desarrollo rural. En esas condiciones no

se ha producido un desarrollo teórico notable pero se ha adquirido una experiencia novedosa y muy importante en la aplicación del conocimiento teórico para formular programas viables. Esa excepcional experiencia ha sido recogida débilmente en los espacios académicos y no aparece con la fuerza que requiere y merece en la discusión intelectual.

Otra línea derivada privilegió el análisis político sobre el económico en los trabajos que historian los movimientos campesinos, que hoy ocupan un papel destacado y tienen una influencia poderosa sobre los estudios campesinos. En esa línea se ha avanzado más allá del estudio de la confrontación entre los campesinos y el Estado. La naturaleza de las alianzas internas entre los campesinos, la formación de coaliciones y organizaciones formales o redes informales, las relaciones entre los grupos rurales con tierra y los que la demandan, las contradicciones y su manejo, han sido objeto de reflexión. También lo ha sido la negociación, la alianza y la contradicción con otras clases y organizaciones no campesinas. Los estudios que privilegian la política no han omitido el análisis económico; lo incorporan para colocarlo en un marco más fluido y flexible, menos rígido y determinista que el que se derivaba de los análisis estructurales. A través de esta línea, los estudios campesinos han comprobado la importancia y potencialidad del campesino como sujeto y actor político, tal como antes se hizo con su papel económico. La presencia de los campesinos como actores políticos, que no se deriva necesariamente de los estudios campesinos, es uno de los factores que en el presente, y presumiblemente en el futuro, está modificando las arenas y los debates políticos en América Latina.

El conocimiento campesino sobre los recursos, su conservación y desarrollo, su combinación en sistemas productivos y técnicas, fue apareciendo de manera gradual en los estudios campesinos. A veces aparecía como una comprobación global, otras como una lamentación por los tiempos idos en la memoria campesina o como simple asombro. En la medida en que crecían la preocupación ambiental y la movilización ecológica, las constataciones se hicieron insuficientes y empezó a surgir la preocupación por comprender ese conocimiento. Junto con especialistas de las ciencias biológicas se fue construyendo una línea de trabajo sobre los recursos, los conocimientos tradicionales y el desarrollo armónico con el medio ambiente. No es fácil afirmar que esta línea se derivó estrictamente de los estudios campesinos, pero parece claro que se está gestando un proceso de integración, otra vez vinculado a la preocupación ecológica mostrada por los movimientos campesinos. Simplemente menciono esta línea, que también ha mostrado un gran vigor y ejerce una gran influencia en los estudios campesinos en la actualidad. Esta área, a la que llamaré de cultura campesina, que repara una de las omisiones más notables de los estudios campesinos, puede desarrollarse como uno de los ejes del campo de trabajo y de debate de los estudios campesinos.

De la revolución a la democracia

Los estudios campesinos de los primeros años de la década de los setenta, orientados a la búsqueda de estructuras profundas, de definiciones rígidas y categorías irrenunciables, de oposiciones irreductibles, bajo la influencia de un clima intelectual radical y apasionado, plantearon la solución de los problemas campesinos en el marco de la ruptura, del cambio revoluciona-

rio que revirtiera la opresión y suspendiera la explotación. Esa creencia, con mucho de ingenuidad, muchas veces ni se formulaba. Estaba implícita en el tono y el aire de una época, de un clima intelectual, en los vientos de cambio que se percibían. No se trataba siempre de una certeza teórica y a veces ni de una posición política; era una creencia general, casi un estado de ánimo. Los estudios campesinos, como buena parte de las ciencias sociales latinoamericanas, se aceleraron en su interpretación de la realidad futura e inmediata.

La apuesta voluntarista se perdió. Pasaron muchas cosas desde entonces: retrocesos, represiones, violencia y dictaduras, exilios, reformas agrarias revertidas o suspendidas tajantemente, militarización y autoritarismo. . . También pasaron cosas en sentido contrario, pero fueron opacadas o superadas por los hechos que negaban la posibilidad de un cambio mágico a la vuelta de la esquina. Pero los campesinos y sus movilizaciones persistieron hasta en las condiciones más duras, donde más fueron golpeados. Reajustaron sus miras y demandas, sus tácticas y sus plazos conforme a las nuevas circunstancias. Expresaron una exigencia democrática desde la misma base de sus movimientos hasta el conjunto total de la sociedad. La autonomía y la autogestión, demandas siempre presentes, adquirieron un claro contenido antiautoritario, descentralizador, redistributivo de los recursos y el poder. Los estudios campesinos fueron jalados al nuevo ritmo, se desaceleraron. A veces se frenaron del todo y expresaron desencanto, transmitieron un aire de frustración. Paulatinamente las demandas concretas de los campesinos (el control de los procesos con autonomía, por menores e intrascendentes que pudieran parecer, la negociación y la alianza, la descentralización de los aparatos públicos y la apertura de espacios de participación, la búsqueda de nuevas formas organizativas, la disputa por el control de los excedentes, la prestación de servicios), se convirtieron en temas de reflexión y elaboración teórica, junto con el reparto de la tierra, la democracia y los derechos humanos. La discusión sobre el poder y sobre el cambio se sigue dando en los estudios campesinos, pero ha perdido su carácter general y abstracto, global y mágico, para aproximarse a la idea de un proceso que nace de lo cotidiano, de las tareas más simples. Poco a poco se ha hecho presente en los estudios campesinos que el poder se construye en un dilatado proceso. Se aproximan los estudios y la experiencia campesinos y se conjuntan en una demanda y lucha por la democracia.

Las tendencias que destaco no pretenden cubrir todo el universo de los estudios campesinos. Mucho ha quedado fuera de este análisis. Es probable que pueda ser lo más importante, lo más nuevo. Se admite esa posibilidad aunque no se perciba. Sin embargo, el tránsito del estudio de las estructuras a los movimientos —que implica el cambio de los sujetos de las clases a los actores y de la preocupación por lo común al análisis de lo diverso—, el paso del economicismo al campo de la acción política —que incluye la economía, la sociedad y la cultura—, y la idea de la construcción del poder como un proceso dilatado y sustentado en la participación democrática, son avances importantes, ajustes mayores entre el conocimiento y la realidad social. Estos avances, que preservan e incorporan lo conseguido en el pasado pero lo critican y reinterpretan, si en realidad se desarrollan, son lo suficientemente vigorosos para recuperar la centralidad perdida, para que los estudios campesinos reingresen al centro del debate intelectual, como quiera que ese centro vaya a reconstruirse. Se trata de una versión personal, optimista y esperanzada, que confía en que el quehacer intelectual tiene un sentido. □